

reto, hombre altivo y arrojado, que tiempo habia provocaba á la batalla y llevaba á mal tanta dilacion y solícitud, entonces apellidando de fuga y de desercion aquella mudanza, se obstinó en no querer dejar el puesto, diciendo que allí con los de su hueste habia de esperar y hacer frente á Mardonio. Fuese á él Pausanias, haciéndole presente que aquello se hacia por consejo y resolucion de los Griegos; y él entonces, levantando con ambas manos una gran piedra, la arrojó á los pies de Pausanias, diciéndole que el voto que él daba sobre la batalla era aquel, sin hacer ningun caso de las disposiciones y resoluciones tímidas de los demas. Quedó confuso Pausanias con semejante suceso, y envió á decir á los Atenieses, que ya estaban en camino, que le aguardasen para marchar juntos, llevando consigo la demas tropa hácia Platea, á ver si con eso movia á Amonfareto. Vino en esto el día, y Mardonio, á quien no se ocultaba que los Griegos habian abandonado el campo, teniendo á punto su ejército, se dirigió contra los Lacedemonios con gran rumor y algazara de los bárbaros, que sin que interviniese batalla contaban con destrozár á los Griegos, alcanzándolos en su fuga; y en verdad que estuvo en muy poco el que así no sucediese. Porque, observando Pausanias lo que pasaba, es cierto que hizo alto, y mandó que cada uno ocupara su puesto de batalla; pero ó por el enfado con Amonfareto, ó por la prontitud con que le sorprendieron los enemigos, se le olvidó dar la señal á los otros Griegos; por lo cual ni se reunieron pronto ni muchos á la vez, sino con tardanza y en partidas, cuando ya el riesgo estaba encima. Hizo sacrificio, y como no se anunciase fausto, mandó á los Lacedemonios que poniendo á los pies los escudos, se estuvieran quedos atendiendo á él, sin hacer oposicion á ninguno de los enemigos. Volvió á sacrificar, y cayó sobre ellos la caballería, de manera que ya los alcanzó algun dardo, y fue herido alguno de los Esparciatas. En esto sucedió que Calícrates, que se decia ser el hombre de mas hermosa y gallarda persona de cuantos Griegos habia en aquel ejército, fue asimismo herido de muerte; y al caer exclamó que no sentia el morir, pues que habia salido de su casa con la resolucion

de perecer, si era necesario, por la salud de la Grecia, sino el morir sin haberse valido de sus manos. Era pues terrible la situacion de aquellos hombres y admirable su paciencia, pues que no haciendo resistencia á los enemigos que les acometian, esperaban que los Dioses y el general les señalasen la hora, sufriendo en tanto el ser heridos y muertos en sus filas; y aun algunos aseguran que estando Pausanias sacrificando y haciendo plegarias á poca distancia de la formacion, llegaron de repente algunos Lidios con el objeto de arrebatár las ofrendas; y no teniendo armas Pausanias y los que le asistian, los habia rechazado con varas y con látigos; y que aun ahora en imitacion de aquella acometida se repiten cada año los golpes y azotes que se dan á los jóvenes sobre el ara, y la pompa y procesion de los Lidios.

Disgustado Pausanias de aquel estado, viendo que el agorero continuamente reprobaba las víctimas, volvióse hácia el templo de Juno, cayéndosele las lágrimas, y levantando las manos pedia á Juno Citeronia y á los demas Dioses que presidian á aquella comarca, que si no estaba destinado á los Griegos el que venciesen, se les diera á lo menos el sufrir haciendo algo, y mostrando con obras á los enemigos que contendian con hombres de valor y adiestrados en la guerra. Hecha esta invocacion por Pausanias, en el mismo momento se mostró fausto el sacrificio, y los agoreros anunciaron la victoria. Dióse á todos la señal de rechazar á los enemigos, y de repente todo el ejército tomó el aspecto de una fiera, que estremeciéndose se prepara á hacer uso de su fuerza. Convenciónense tambien entonces los bárbaros de que las habian con unos hombres que pelearian hasta la muerte; por lo que abrazando las adargas empezaron á lanzar dardos contra los Lacedemonios; los cuales, manteniendo unidos sus escudos, acometieron tambien, y llegando cerca, retiraban las adargas, é hiriendo con las lanzas á los Persas en el rostro y en el pecho, dieron muerte á muchos de ellos que no se estuvieron quedos ó se mostraron cobardes: pues tambien ellos agarrando las lanzas con las manos desnudas, les rompieron muchas; y recurriendo á las armas cortas, no sin diligencia, hicieron uso de las hachetas y de los puñales; y uniendo y

entrelazando asimismo sus adargas, resistieron largo tiempo. Habianse estado hasta entonces inmóviles los Atenieses, aguardando á ver qué determinarían los Lacedemonios; mas advertido por el ruido de los que combatían, y llegándoles también aviso de parte de Pausanias, se apresuraron á ir en su socorro; y cuando llevados de la vocería avanzaban por la llanura, vinieron contra ellos los Griegos del partido enemigo. Aristides no bien los hubo visto, cuando adelantándose gran trecho, les empezó á gritar, invocando los Dioses de la Grecia, que se retiraran del combate, y no impidieran ni retardaran á los que peleaban por la defensa de su propia tierra; mas cuando vió que no le atendían, y que se disponían á la batalla, hubo de desistir del comenzado auxilio y entrar en lid con estos, que eran cincuenta mil en número; pero la mayor parte cedió luego, y se retiró, por haberse también retirado los bárbaros. Dicese que lo mas encarnizado del combate fue contra los Tebanos, que eran los primeros y de mayor poder de los que entonces hicieron causa comun con los Medos: aunque la muchedumbre no habia abrazado aquel partido por su voluntad, sino arrastrada por unos pocos.

Viniendo así á ser dos los combates, los Lacedemonios fueron los primeros que rechazaron á los Persas, habiendo un Esparciata llamado Diamnesto dado muerte á Mardonio, de una pedrada que le disparó á la cabeza, como se lo habia predicho un oráculo de Anfiraos. Porque habia enviado á este oráculo á un Lidio, y al oráculo de Trofonio á uno de Caria; y la respuesta que á este dió el profeta fue en lengua cárica; al Lidio, habiéndose dormido en el templo de Anfiraos, se le figuró que se le habia presentado un ministro del Dios, y le habia mandado que saliera; y como no quisiese, le habia tirado á la cabeza una gran piedra, pareciéndole que del golpe habia muerto: esto es lo que se dice haber pasado. Puestos ya en fuga los Persas, los persiguieron hasta hacerlos encerrar dentro de sus muros de madera. De allí á poco rechazaron igualmente los Atenieses á los Tebanos, dando muerte en la misma batalla á unos trescientos de los mas distinguidos y principales; y no bien se habia verificado esto, cuando

les vino orden de que fueran á sitiar el ejército de los bárbaros, encerrado dentro de sus muros. Por esta razon, dejando que los Griegos se fueran libres, marcharon á dar el socorro donde se les pedia; y poniéndose al lado de los Lacedemonios, ignorantes é inexpertos en el modo de conducir un sitio, tomaron el campamento con mucha mortandad de los enemigos: pues se dice que de los trescientos mil solo huyeron con Artabazo unos cuarenta mil. De los Griegos, que combatieron por la salud de esta region, murieron al todo unos mil trescientos y sesenta: de estos eran Atenieses unos cincuenta y dos, todos de la tribu Ayantide, segun escribe Cleidemo, por haber sido la que mas denodadamente peleó; y por esta causa los Ayantidas hicieron por esta victoria á las ninfas Esfragitides el sacrificio prescrito por la Pitia, costeándolo de los fondos públicos; Lacedemonios noventa y uno, y Tegeatas once. Es pues muy reparable que Herodoto diga haber sido estos solos los que vinieron á las manos con los enemigos, y ninguno otro de los demas Griegos: porque el número de muertos y los monumentos del tiempo atestiguan que la victoria fue de todos; y si solas tres ciudades hubieran combatido, sin tener parte las demas, no podria el ara llevar esta inscripcion:

Los Griegos por el triunfo que obtuvieron
En el crudo ejercicio del Dios Marte
Ahuyentando á los Persas, esta ara
Por comun voto de la Grecia libre
Al libertador Jove dedicaron.

Dióse esta batalla el catorce del mes Boedromion, segun la cuenta de los Atenieses; y segun la cuenta de los Beocios el veinticuatro del mes Ganemo, dia en que aun hoy se junta en Platea el concilio griego, y en que los Plateenses sacrifican por esta victoria á Jove Libertador: no siendo de extrañar que haya esta diferencia en la cuenta de los dias, cuando aun ahora, despues de tanto como se ha adelantado en la astronomía, no convienen los diferentes pueblos en los principios y fines de los meses.

Despues de estos sucesos no convenian los Atenieses en

conceder el prez del valor á los Lacedemonios, ni les permittian levantar trofeo, habiendo estado en muy poco el que de pronto se arruinase toda aquella dicha de los Griegos, estando como estaban sobre las armas; á no haber sido que Aristides exhortando y persuadiendo á sus colegas, y especialmente á Leócrates y Mirónides, alcanzó y obtuvo de ellos que se dejara la decision á los otros Griegos. Deliberando pues estos, propuso Teogiton de Megara que el prez habia de darse á otra ciudad, si no querian que se encendiese una guerra civil; y como á esta propuesta se hubiese puesto en pie Cleocrito de Corinto, por lo pronto hizo creer que iba á pedir aquel premio para los Corintios, porque despues de Esparta y Atenas era Corinto una de las ciudades de mas fama; pero hizo á favor de los de Platea una admirable propuesta que agradó á todos, porque aconsejó que para quitar toda contienda se diera el prez á los Plateenses, por cuya preferencia nadie habia de incomodarse: así fue que al pronto otorgó Aristides por los Atenienses, y en seguida Pausanias por los Lacedemonios. Reconciliados de este modo, separaron del botin ochenta talentos para los de Platea, con los cuales reedificaron el templo de Minerva, labraron su estatua, y adornaron el templo con pinturas, que aun el dia de hoy se conservan frescas. Levantaron trofeos separadamente, de una parte los Lacedemonios, y de otra los Atenienses; pero en quanto á sacrificios, habiendo consultado á Apolo Pitio, les dió por respuesta que construyesen el ara de Júpiter Libertador, y que se abstuviesen de sacrificar hasta que apagado el fuego de todo el pais como contaminado por los bárbaros, le encendiesen puro en el altar común de Delfos. Los magistrados pues de los Griegos enviaron de pueblo en pueblo á que en todas las casas se apagase el fuego; y en Platea, habiendo ofrecido Euquidas que iria en toda diligencia á tomar y traerles el fuego del Dios, marchó para Delfos. Lavóse allí el cuerpo, hizose aspersiones, coronóse de laurel; y tomando del ara el fuego, se volvió corriendo á Platea, y llegó antes de ponerse el sol, habiendo andado aquel dia mil estadios. Saludó á sus conciudadanos, é inmediatamente cayó en el suelo, y espiró de allí á poco. Re-

cogieron los de Platea su cadáver, y lo sepultaron en el templo de Diana Euclia, poniéndole por inscripcion este tetrametro:

De sol á sol Euquidas corriendo,
Fué y vino á Delfos en el mismo dia;

y el sobrenombre de Euclia se lo dan muchos á Diana; pero algunos dicen que Euclia fue hija de Hércules y Mirtis, hija de Menecio, y hermana de Patroclo; y que habiendo muerto doncella es tenuta en veneracion por los Beocios y los Locros; porque su ara y su estatua se ven colocadas en todas las plazas, y le hacen sacrificios las novias y los novios.

Celebróse junta pública y comun de todos los Griegos, y escribió Aristides un proyecto de decreto, para que cada año concurrieran á Platea legados y prohombres de la Grecia; se celebraran juegos quinquenales en memoria de la libertad, y se hiciera entre los Griegos una contribucion para la guerra contra los bárbaros de diez mil hombres de infantería, mil de caballería y cien naves, quedando exentos los de Platea, consagrados al Dios para hacer sacrificios por la salud de la Grecia. Sancionado este decreto, tomaron á su cargo los Plateenses el hacer exequias cada año por los Griegos que murieron y descansan allí, lo que hasta el dia de hoy ejecutan de esta manera: en el dia diez y seis del mes Maimacterion, que para los Beocios es Alcomenio, forman una procesion, á la que desde el amanecer precede un trompeta, que toca un aire marcial, yendo en pos carros llenos de ramos de mirto y de coronas, y un toro blanco: llévanse despues en ánforas libaciones de vino y leche, y jóvenes ingenuos conducen cántaros de aceite y unguento; porque á ningun esclavo se le permite poner mano en aquel ministerio, á causa de que los varones, en cuyo honor se hace la ceremonia, murieron por la libertad. Viene por fin el arconte de los Plateenses, y con no serle licito en ningun otro tiempo tocar el hierro, ni usar de vestidura que no sea blanca, entonces se viste túnica de púrpura, y tomando del aparador una ánfora, va hácia los sepulcros por medio de la ciudad

con espada desenvainada. Llegado al sitio toma agua de la fuente, hace aspersion sobre las pirámides ó columnas, y las unge con unguento : mata despues el toro sobre la hoguera, é invocando á Júpiter y á Mercurio infernal convida á los excelentes varones que murieron por la Grecia á gustar de aquel banqueté y de aquella sangre : echando luego vino en una taza, y vaciándolo, pronuncia estas palabras : *sea en honor de los varones que murieron por la libertad de los Griegos* : ceremonias con que todavía cumplen el dia de hoy los Plateenses.

Restituidos á la ciudad los Atenienses observó Aristides que mostraban deseos de restablecer la perfecta democracia ; y como por una parte considerase á aquel pueblo muy digno de consideracion, y por otra no juzgase fácil el oponérsele siendo poderoso en armas, y hallándose ensoberbecido con sus victorias : escribió decreto para que el gobierno fuese comun é igual á todos, y los arcontes se eligiesen de entre todos los Atenienses. Anunció Temístocles al pueblo que habia concebido un proyecto, que no podia revelarse ; pero sumamente útil y saludable á la ciudad : acordaron por tanto que á nadie se dijese, sino á solo Aristides, y él solo lo aprobase. Reveló pues á este que tenia pensado poner fuego á la armada de los Griegos, porque con esto serian los Atenienses los mas poderosos y arbitros de la suerte de los demas ; y entonces Aristides presentándose al pueblo, le dió parte de que el proyecto que Temístocles tenia meditado no podia ser ni mas útil ni mas injusto ; oido lo cual resolvieron los Atenienses que Temístocles abandonara su pensamiento : ¡ tan amante era entonces aquel pueblo de la justicia ! ¡ y tanta era la confianza y seguridad que le inspiraba un hombre solo !

Nombrósele general para la guerra juntamente con Cimón ; y notando que Pausanias y los demas caudillos de los Esparciatas eran orgullosos é inaguantables con los aliados, tratándolos él con blandura y humanidad, y haciendo que Cimón se les mostrara tambien afable y popular en el mando, no advirtieron los Lacedemonios que iba á arrebatárles la superioridad y el imperio, no á fuerza de armas, de caba-

llos ó de naves, sino con la benevolencia y la dulzura : pues que con ser los Atenienses bien quistos á los demas Griegos por la justificacion de Aristides y la bondad de Cimón, todavía les hacian desear mas su mando la codicia y el mal modo de Pausanias ; porque siempre trataba con desabrimiento y aspereza á los caudillos de los aliados ; á los soldados los castigaba con azotes ; ó echándoles encima una ancla de hierro, los obligaba á permanecer en esta disposicion todo el dia. Nadie debia ir á aprovecharse de ramaje, ó á tomar agua de la fuente antes que los Esparciatas, porque tenia lictores apostados, que á latigazos hacian retirar á los que se acercaban ; y queriendo en cierta ocasion Aristides hacerle alguna amonestacion y advertencia, arrugando Pausanias el semblante, le respondió que no estaba de vagar, y no le dió oidos. Por tanto, yendo los gefes de armada y los generales de los Griegos, y especialmente los de Quio, de Samos y de Lesbos en busca de Aristides, le propusieron que tomara el mando, y se pusiera al frente de los aliados, que deseaban hacia tiempo salir de las manos de los Esparciatas, y estar bajo el mando de los Atenienses ; y como les respondiese que bien veia la necesidad y justicia que contenia su propuesta ; pero que para mayor seguridad se hacia precisa alguna obra que despues de ejecutada no dejase á la muchedumbre lugar al arrepentimiento ; Uliades de Samos y Antágoras de Quio, convenidos entre sí con juramento, acometieron cerca de Bizancio á la galera de Pausanias, que les precedia, cogiéndola en medio. Luego que este lo vió, se puso en pie, y con gran cólera les amenazó de que en breve les haria ver que no se habian insolentado contra su nave, sino contra su propia patria ; mas ellos le dieron por contestacion que se fuera en paz, y agradeciera á la buena suerte que con ellos habia tenido en Platea : pues solo por este miramiento no tomaban de él la conveniente satisfaccion ; y por último se pasaron á los Atenienses. Mas en esto lo que hay de mas admirable es la prudencia que manifestó Esparta ; porque luego que advirtió que la grandeza del poder habia corrompido á sus generales, se desistieron voluntariamente del mando, y de dar generales para la guerra,

queriendo mas tener ciudadanos modestos y observadores de las costumbres patrias, que conservar la superioridad sobre toda la Grecia.

Aun en el tiempo en que los Lacedemonios tenian el mando pagaban los Griegos cierto tributo para la guerra; mas queriendo entonces que la exaccion se hiciese por ciudades con igualdad, pidieron á los Atenienses que Aristides fuese el encargado; el cual, examinando la extension del territorio y las rentas de cada una, determinase lo que segun su dignidad y posibilidad le correspondiera pagar. Dueño pues de tan considerable autoridad, y teniendo en cierta manera él solo en su mano los intereses de la Grecia, si pobre salió á ejercer este encargo, volvió mas pobre todavía, habiendo hecho la descripción de las riquezas, no solo con pureza y justicia, sino á la satisfaccion y gusto de todos. Por tanto, así como los antiguos celebraban la vida del reinado de Saturno, de la misma manera los Griegos tenian en memoria y loor el repartimiento de Aristides, y mas cuando al cabo de poco tiempo se les duplicó y triplicó el tributo: porque el que les impuso Aristides solo ascendia á la suma de cuatrocientos y sesenta talentos; y á ella añadió Pericles muy cerca de un tercio: pues dice Tucídides que al principio de la guerra del Peloponeso percibian los Atenienses de los aliados seiscientos talentos. Muerto Pericles, los demagogos fueron extendiendo poco á poco esta cantidad hasta la suma de trescientos talentos, no tanto porque la duracion y los varios sucesos de la guerra ocasionabán crecidos gastos, como porque metieron al pueblo en hacer distribuciones en dinero, en dar para los espectáculos, y en acumular estatuas y edificar templos. Siendo pues grande y admirable la fama de Aristides por el repartimiento de los tributos, se cuenta de Temístocles que se burlaba de ella, diciendo que semejante alabanza mas que de un hombre era propia de un talego de guardar dinero: vengándose de este modo, aunque por diferente término, de cierta picante respuesta de Aristides, porque diciendo en una ocasion Temístocles que la dote mayor de un general era el prevenir y antever los designios de los enemigos, le con-

testó: Bien es necesario esto, ó Temístocles; pero lo mas esencial y mas loable en el que manda es poner ley á las manos.

Sujetó Aristides con juramento á los demas Griegos, y él mismo juró por los Atenienses, apagando hierros candentes en el mar en seguida de las imprecaciones; mas al fin, obligando el estado de los negocios, segun parece, á mandar con mayor rigor, propuso á los Atenienses que cargaran sobre él el perjurio, y consultaran en las cosas públicas á la utilidad; y Teofrasto, hablando con generalidad, dice que este hombre que, como particular y para con sus ciudadanos era estrechísimamente justo, en los negocios públicos se acomodó muchas veces á la situacion de la patria, que le precisó á mas de una injusticia: porque tratándose á propuesta de los de Samos de traer á Atenas las riquezas de Delos contra lo estipulado en los tratados, se dice haber expresado Aristides que ello no era justo, pero que convenia. Mas por fin con haber alcanzado que Atenas imperase sobre tantos pueblos, no por eso dejó de ser pobre y de honrarse tanto con la gloria de su pobreza, como con la de sus trofeos; y la prueba es esta. Calias el Daduco era pariente suyo: seguianle sus enemigos causa capital, y despues que hablaron lo que era propio sobre los objetos de la acusacion, saliéndose fuera de ella dirigieron la palabra á los jueces para tratar de Aristides, diciéndoles: Ya conoceis á este hijo de Lisimaco, y cuán grande opinion goza entre los Griegos: pues ¿cómo pensais que lo pasará en su casa, cuando veis que con aquella túnica se presenta en el tribunal? Porque ¿no es indispensable que el que en público tiene que tiritar de frio, en su casa esté miserable y falto aun de las cosas mas precisas? Pues Calias, el mas rico de los Atenienses, con ser su primo, no hace caso ninguno de un hombre como este, abandonándole en la miseria con mujer é hijos, sin embargo de que no ha dejado de valerse de él, y que mas de una vez ha disfrutado de su influjo. Vió Calias que esta especie habia hecho grande impresion sobre los jueces, y los habia indispuerto contra él, por lo que pidió se le llamase á Aristides, para que testificara ante los jueces que, habiénd-

dole ofrecido intereses repetidas veces, y rogádole los aceptara, nunca habia condescendido, respondiendole que mas ufano debia estar él con su pobreza que Calias con todos sus haberes: porque cada dia se estaba viendo á muchos usar unos bien y otros mal de las riquezas, cuando no era fácil encontrar quien llevara la pobreza con ánimo alegre; y que de la pobreza se avergonzaban los que no estaban bien con ser pobres. Convino Aristides en que Calias decia bien, y no salió de allí ninguno que no quisiera mas ser pobre como Aristides, que rico como Calias. Así nos lo dejó escrito Esquines el discípulo de Sócrates. Platon, teniendo por grandes y dignos de nombradía á muchos Atenienses, este solo dice que es digno de memoria: porque Temístocles, Cimon y Pericles llenaron la ciudad de pórticos, de riquezas y de muchas superfluidades, y solo Aristides la inclinó con su gobierno á la virtud. Aun con el mismo Temístocles dió grandes muestras de su equidad y moderacion; porque con haberle tenido por enemigo en todo el tiempo de su gobierno, hasta ser desterrado por él, cuando Temístocles le dió ocasion de desquitarse puesto en juicio ante el pueblo, nada hizo en su daño; sino que persiguiéndole y acusándole Alcmon, Cimon y otros muchos, solo Aristides no hizo ni dijo cosa que le fuese contraria, ni se holgó de ver en la desgracia á su enemigo, así como antes no le habia envidiado su dicha.

En cuanto al lugar donde murió Aristides unos dicen que fue en el mar yendo embarcado á desempeñar negocios de la república; pero otros dicen que murió en Atenas de vejez, honrado y admirado de sus conciudadanos; y Cratero de Macedonia hizo de esta manera la relacion de su fallecimiento. Porque despues del destierro de Temístocles, dice, estando el pueblo lleno de orgullo, se levantó un tropel de calumniadores, que persiguiendo á los hombres de mas probidad y poder los expusieron á la envidia y encono de la muchedumbre; á la que habian engreido, como se deja dicho, los buenos sucesos y la extension de su imperio: y que entre estos hicieron condenar á Aristides por soborno, acusándole Diofanto de la tribu Anfitrópide de haber recibido presentes de los Jonios cuando tuvo el encargo de repartir

las contribuciones; y como no tuviese con qué pagar la multa, que era de cincuenta minas, se retiró por mar á la Jonia, y allí murió. Mas de ninguna de estas cosas produce prueba alguna Cratero, ni el tanto de la acusacion, ni el decreto; siendo así que suele ser muy puntual en dar razon de estas cosas, citando á los que antes de él las refirieron. De todos los demas, para decirlo de una vez, que pusieron su atencion en describir los malos tratamientos del pueblo para con sus generales, refieren sí y ponderan el destierro de Temístocles, la prision de Milciades, la multa de Pericles, la muerte de Paquetes en el tribunal, dándosela él mismo en la tribuna, cuando vió que se daba sentencia contra él, y otras muchas cosas á este tenor; pero respecto de Aristides, aunque no omiten su destierro por el ostracismo, ninguna memoria hacen de esta otra condenacion.

Lo cierto es que se muestra en Falero su sepulcro labrado de orden de la ciudad, porque ni siquiera dejó con qué enterrarse. Dicese que las hijas salieron del Pritaneo para ser entregadas á sus maridos, habiéndose costeadado de los fondos públicos los gastos de la boda, y dándose por decreto en dote á cada una tres mil dracmas. A su hijo Lisimaco dió asimismo el pueblo cien minas de plata, y otras tantas yugadas de tierra plantada de árboles, y ademas otras cuatro dracmas al dia, habiendo sido Alcibiades quien presentó el proyecto. Aun mas todavía: como Lisimaco hubiese dejado una hija llamada Polucrita, le señaló á esta el pueblo, segun dice Calistenes, la misma racion que á los vencedores de Olimpia; y Demetrio Falereo, Jerónimo Rodio, Aristodemo el músico y Aristóteles, si es que el libro de la nobleza se ha de colocar entre los genuinos de este filósofo, refieren que con Mirto, nieta de Aristides, se casó el sabio Sócrates, pues aunque tenia otra mujer recojió en su casa á esta, por verla viuda y falta de todo medio de subsistir; mas estas especies las contradijo convenientemente Panecio en sus libros acerca de Sócrates. Demetrio Falereo en su Sócrates dice que se acuerda de un nieto de Aristides, sumamente pobre, llamado Lisimaco, que sentado junto al Yaqueo, se mantenía de decir la buenaventura con cierta tabla divina-

toria; y que formando él mismo proyecto de decreto, obtuvo que el pueblo señalara á la madre de este y á una hermana de la misma tres óbolos por dia; y añade el propio Demetrio que siendo nomoteta, mandó que se extendiera á una dracma el donativo de estas mujeres. Ni es extraño que así cuidara este pueblo de personas que estaban dentro de la ciudad, cuando habiendo sabido que en Lemnos se hallaba una nieta de Aristogiton, y que no se habia casado por su pobreza, la hizo traer á Atenas; y casándola con uno de los mas ilustres, le dió en dote una porcion de terreno á la parte del rio: y aun en nuestros dias se hace admirar este mismo pueblo por su humanidad y beneficencia con repetidos ejemplares dignos de imitacion.



MARCO CATON.

Dícese que Marco Caton fue por su linaje oriundo de Túsculo, y que residió y vivió antes de tener parte en el gobierno en campos propios de su familia en la region Sabina; y no obstante tenerse la idea de que sus progenitores fueron desconocidos, el mismo Caton alaba á su padre como hombre de valor y ejercitado en la milicia; y refiere de su bisabuelo que muchas veces alcanzó el prez del valor; y que habiendo perdido en diferentes batallas cinco caballos ejercitados en la guerra, fue del pueblo honrado por su valor y fortaleza. Acostumbraban los Romanos á dar la denominacion de hombres nuevos á los que no tenian fama por su linaje, sino que eran ellos mismos los que empezaban á darse á conocer; y como llamaban tambien nuevo á Caton, decia que bien era nuevo para el mando y para la gloria; pero que por las obras y virtudes de sus antepasados era bien antiguo. Al principio no tuvo por tercer nombre el de Caton, sino el de Prisco; pero luego por aquella dote en que sobresalia obtuvo el apellido de Caton: porque llaman Caton los Romanos al hombre precavido. Era en su figura

rubio y de ojos azules, como lo dió á entender, no mostrándosele muy aficionado, el que hizo este epigrama:

A ese rubio, mordaz, de ojos azules;
A Porcio, aun muerto, estoy que en el infierno
No le ha de recibir la hija de Ceres.

La constitucion de su cuerpo con el ejército, con la parsimonia, y con acostumbrarse en el ejército desde el principio á portarse como soldado, se hizo muy robusta; habiendo adquirido á un tiempo fuerza y buena salud. Cultivó tambien la facultad de decir, como otro segundo cuerpo, y como un instrumento, no solamente útil, sino necesario, para quien no queria vivir oscuro y en inaccion: ejercitóla pues en las alquerías y pueblos inmediatos, prestándose á defender en los juicios á los que se lo rogaban; y al principio se echó de ver que era un defensor fogoso; pero luego se acreditó ademas de orador vehemente: descubriendo en él los que se valian de sus talentos una gravedad y juicio que eran propios para los grandes negocios y para el mando político. Porque no solo se conservó puro en cuanto á recibir salario por sus dictámenes y defensas, sino que aun desdeñaba la gloria que de esta clase de contiendas podria resultarle. Deseando pues señalarse principalmente en los combates contra los enemigos y en acciones de guerra, siendo todavía joven tuvo ya su cuerpo cubierto de heridas, recibidas de frente: diciendo él mismo que á los tres y siete años hizo su primera campaña, al tiempo que Anibal victorioso puso en combustion toda la Italia. En las batallas mostróse de mano pronta para acuchillar, de pies firmes é inmóviles y de semblante fiero; y aun acostumbraba á usar de amenazas y de gritos penetrantes contra los enemigos: creyendo él mismo, y enseñando á los demas que estas cosas suelen contribuir mas que el mismo acero para atemorizar á los contrarios. En las marchas caminaba á pie, llevando sus armas, y solo le seguia un sirviente, que llevaba lo que habian de comer; con el cual no se incomodó nunca, ni le riñó por el modo de disponerle la comida ó la cena, sino que á veces echaba tambien mano, y le ayudaba en estos ministerios despues de